

# HACIA

# LA SECULARIZACION DE

# LA SOCIEDAD

La **secularización** es para el teólogo protestante H. Cox —en su libro "The secular City"— un fenómeno moralmente irreversible, mediante el cual la sociedad y la cultura se liberan del patronazgo del control religioso y de una visión **metafísica** cerrada del mundo. En la nueva civilización, que él denomina "tecnópolis", en contraste con las anteriores de la tribu y de la ciudad, se efectúa una desacralización de las realidades temporales y una relativización de sus valores. La secularización es un proceso de liberación de fuerzas misteriosas y ocultas que impedían al hombre el entregarse de lleno a la construcción de la ciudad temporal y realizarse completamente como hombre.

En la relativización de los valores, terminal del proceso de secularización, existe un grave peligro que sólo una educación en la madurez puede evitar y donde se abre un campo fecundo a la iniciativa de los cristianos.

El conmutador telefónico y los gigantescos distribuidores de tráfico de nuestras grandes ciudades simbolizan dos de las características fundamentales de la nueva civilización: **la anonimidad** y **la movilidad**.

La anonimidad no deshumaniza al hombre, como generalmente se defiende, sino que lo humaniza, abriéndole las puertas a una mayor libertad, responsabilidad y personalización. La anonimidad es también una fuerza liberadora de las mil presiones sociológicas de un ambiente cerrado. La **movilidad**, geográfica y económico-social, por ejemplo, es condición necesaria para un cambio social y el auténtico desarrollo del hombre, y si rompe estructuras religiosas tradicionales prepara para una fe más pura y personal.

**Profanidad** y **pragmatismo** son elementos constitutivos de esta nueva sociedad. El hombre en ella da la espalda a las teorías y se inserta en el mundo para construirlo. En su legítimo afán creador se desembaraza de su bagaje religioso, olvidando que debe ser con creador con Dios y que no está solo.

Los cristianos no pueden poner un dique inútil a esta corriente histórica secularizadora que, sin duda, va a desprender de la esencia salvadora de su fe la amalgama de muchas excrecencias religiosas y sociológicas. El Evan-

gelio de Cristo les invita precisamente a renovarse cada día y los lanza a sumergirse con todo el peso de su ideal en la tarea común. Son los cristianos los que deben inclinar el fiel de la balanza hacia la verdadera solución.

## *¿Se secularizará también nuestra sociedad?*

Este fenómeno no es privativo de América del Norte, sobre cuya sociedad se basa el estudio de H. Cox. El proceso de secularización es visible en nuestra sociedad venezolana. Su desarrollo histórico, desde antes de la Independencia, es un fenómeno que no deben dejar de estudiar los historiadores de la Iglesia y de la cultura venezolana. Otros países latinoamericanos han estado sometidos a un proceso erosivo de emancipación religiosa más lento que Venezuela. Muchas de las características de nuestro catolicismo, la ausencia de pugnacidad religiosa, un cierto anticlericalismo difundido en todos los ambientes, un liberalismo y una tolerancia religiosa que apenas se ven en otras partes, no son producto del acontecer actual, sino que tienen hondas raíces históricas. La acumulación de factores de cambio y su intensidad en la nueva sociedad venezolana están apurando el proceso de secularización.

El dinamismo industrial, la rápida evolución socio-económica y un capitalismo audaz y abierto están produciendo en el país una clase de hombres con afán de creación, entregados a la tarea de forjar un mundo nuevo. La apresurada urbanización de nuestro país y el surgir volcánico de una serie de megápolis (Caracas, Maracaibo, Maracay, Valencia, Santo Tomé de la Guayana), en las que se han volcado gentes de toda la república y de medio mundo, ha desmenuzado la antigua fortaleza de las relaciones sociales "Yo-Tú" (ley del compadrazgo) y extendido la red del anonimato.

Otro de los factores más eficaces de secularización es la extrema movilidad existente en Venezuela. Movilidad geográfica y también económico-social. El éxodo de la población venezolana se inició con el primer pozo petrolero de La Rosa. Desde 1936, con 65,3% rural y 34,7% urbana, hasta 1961, con 33,3% rural y 66,7% urbana. Las zonas petroleras, las refinerías, antes pasajeramente el oro, reclutaron los elementos más jóvenes y emprendedores del monte y del llano.

A la llamada insistente de la gran ciudad, Caracas, y del petróleo, está sucediendo hoy la de Guayana y la región industrial del Centro.

Venezuela es un país sin cadenas y de fronteras muy poco definidas. La facilidad de cambio de "status social", el franco acceso a los estudios universitarios, la gama sin fin de oportunidades que se abren al trabajo, al talento y a la iniciativa, la inexistencia de barreras raciales... son factores que favorecen la movilidad.

Este proceso no puede menos de influir en la religiosidad de nuestro pueblo con doble efecto, positivo y negativo, particularmente en sus clases dirigentes y más activas, como lo revelan los datos siguientes:

El Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES), de la Universidad Central de Venezuela, está publicando una serie de encuestas sobre características socio-económicas y opiniones de los diversos grupos sociales de Venezuela. Tomemos como muestra tres grupos sociales muy característicos y en los que, por su relevancia social, pueden señalarse mejor los síntomas del fenómeno de secularización: maestros de primera enseñanza, profesores de segunda enseñanza y profesores universitarios. Aunque su asistencia semanal a la iglesia es bastante alta (58,4% de los maestros, 34,4% de los profesores de secundaria y 29,6% de los universitarios) y no le va a la zaga la importancia que tiene la religión en sus vidas (muy importante para un 66,3% de los maestros, un 49,7% para los profesores de secundaria y un 31,8% para los universitarios), los problemas religiosos les afectan en forma casi insignificante en contraste con problemas de otro tipo, económicos, sociales, educativos...

Entre los problemas familiares, los morales-religiosos no son para ellos de mayor importancia (2,0% para los maestros, 4,4% para los profesores de secundaria y 2,7% para los universitarios).

En la solución de los urgentes problemas que afectan al país los recursos religioso-morales apenas cuentan, aunque la mayoría de los encuestados califiquen de positivo el papel de la Iglesia en el desarrollo actual (maes-

tros, 75,3%; profesores de secundaria, 65,6%; universitarios, 58,2%) y aun la función del sacerdote.

En lo que respecta a la opción entre escuelas oficiales y privadas, es sorprendente la mínima importancia que se da a la enseñanza religiosa impartida en ellas.

## *Un cristianismo para nuestro tiempo*

Sería insensato el cerrar los ojos al proceso de secularización que, desde hace especialmente poco más de una década, se está desarrollando en nuestro país. Enfrentarse a él sería suicida. Sería dar cobardemente las espaldas a los signos de los tiempos. Las viejas lanzas de los anatemas y una política de cercas no evitará el avance del proceso. La secularización tiene **también** su parte positiva. Va purificar la amalgama que recubre nuestro cristianismo. El fetichismo, una religión de tabús, el sincretismo religioso y un pietismo epidérmico, que proliferan en nuestros ambientes, van a ser barridos por este proceso eliminador. Sólo un cristianismo auténtico puede resistir a la corrosión del proceso secularizador y bautizarlo.

La respuesta no nos la da Harvey Cox, aunque se aproxime a ella, sino el P. Teilhard y, sobre todo, el Concilio Vaticano II, que en su magistral Constitución Pastoral **Gaudium et Spes** sintoniza con el mundo de hoy.

Para el P. Teilhard hay una religión naciente, de terrible ímpetu, la de la tierra, que se enfrenta con la del cielo. Una primera solución sería condenar y aun suprimir la religión de la tierra como diabólica. Es imposible, sin embargo, detener este movimiento moderno, unido al desarrollo de la conciencia humana; además, sería injusto y anticristiano, pues, aunque muchas de sus formas sean condenables, proceden del principio vital de la fidelidad a la vida, que arranca de la acción creadora de Dios y hay que respetar.

Hay otra solución más satisfactoria y es la de descubrir y mostrar que la "moderna religión de la tierra" no es, en su esencia, más que un impulso inconsciente hacia el cielo, de manera que las energías que parecen tan amenazadoras para la Iglesia son, al contrario, un aporte nuevo que puede reanimar el viejo fondo cristiano. No condenar, sino bautizar y asimilar.

Por ejemplo, la caridad ya no nos pide sólo curar las llagas, sino que nos incita desde ahora a construir un mundo mejor y a ser los primeros en lanzarnos a cualquier combate librado por el engrandecimiento de la humanidad. La Iglesia no puede dar la bendición y estar ausente del mundo en movimiento. Sólo se convierte lo que se ama.

Sumergirse para emerger y levantar, dice bellamente el P. Teilhard. Participar para sublimar. Es la misma ley de la Encarnación. Un día, hace ya mil años, los papas, despidiéndose del mundo romano, decidieron "pasarse a los bárbaros". ¿No se espera hoy un gesto parecido y aun más profundo?

Estas frases del P. Teilhard, rubricadas por el Concilio, señalan un camino particularmente a los laicos y abren una puerta inmensa a la esperanza de un formidable porvenir humano y cristiano. Porque la suerte de él está en las manos y el corazón de los laicos cristianos, no de los papas y de los sacerdotes. Clericalismo —una religión sin el mundo— sería una catástrofe para el cristianismo. Por eso la secularización es una puerta grande que abre posibilidades al mensaje salvador de Cristo.

Plugo a Dios —dice el Concilio en el decreto sobre el apostolado de los seglares, N<sup>o</sup> 7— el aunar todas las cosas en Cristo "para que tenga Él la primacía sobre todas ellas". **No obstante**, este destino **no sólo no priva al orden temporal de su autonomía**, de sus propios fines, leyes, medios e importancia para el bien de los hombres, sino que más bien lo perfecciona en su valor y excelencia propia y, al mismo tiempo, **lo ajusta a la vocación plena del hombre sobre la tierra.**

J. M. G.